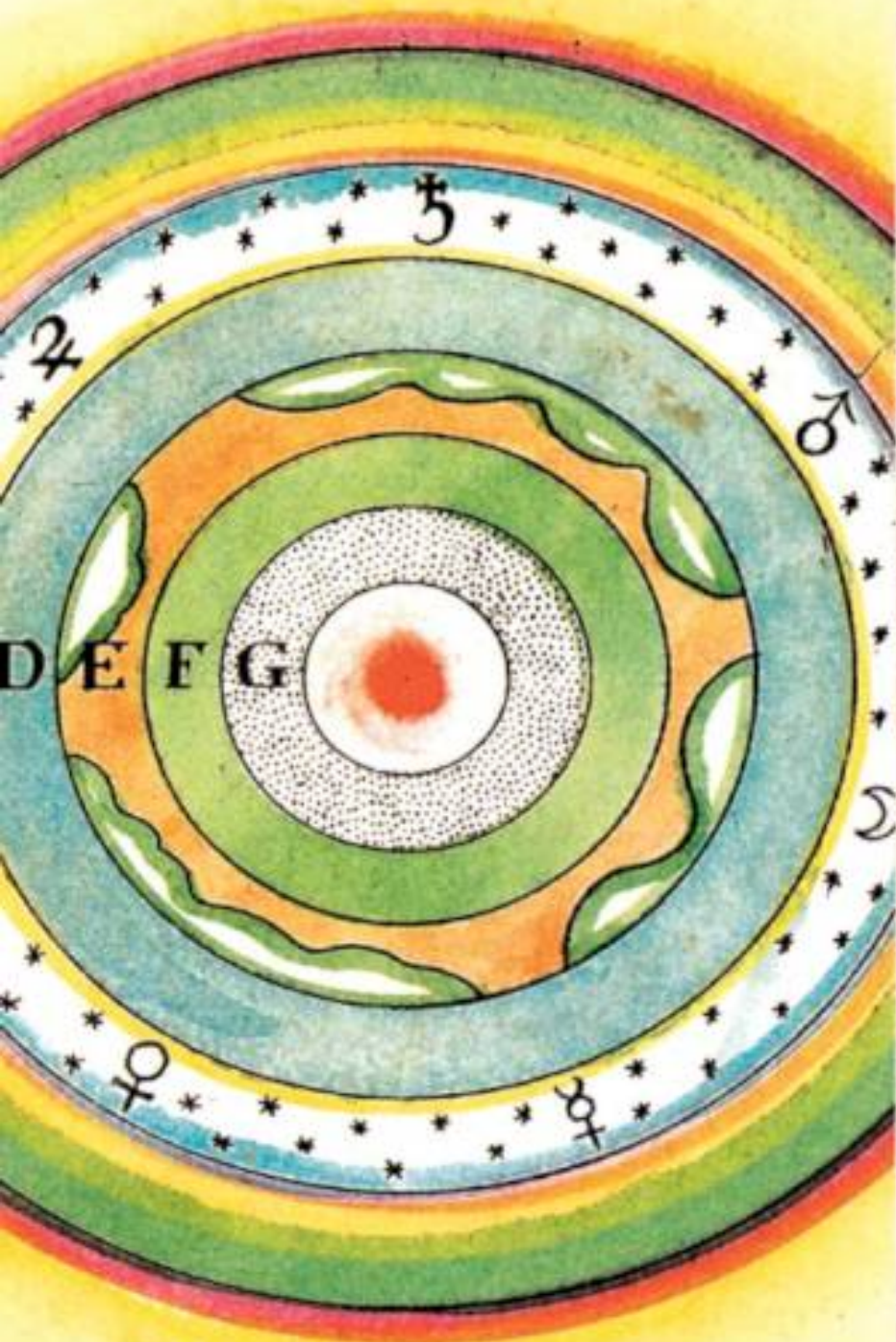


UNIVERSI.



*El cerco oblicuo*

GONZALO HIDALGO BAYAL

*ternitatis  
Divini*

CALAMBUR  
NARRATIVA



*El cerco oblicuo* es la representación poética de una condena, la personificación de un nuevo Sísifo que, gobernado por la fatalidad y el azar, no encuentra más destino que deambular interminablemente de casilla en casilla sobre la espiral del tablero, prisionero en el irremisible veredicto que conduce del laberinto al treinta y en la certeza geométrica de una proposición: que «el hombre experimenta ante la imagen de una cosa pasada o futura la misma afición de gozo o de tristeza que ante la imagen de una cosa presente».

GONZALO Hidalgo Bayal nació en Higuera de Albalat (Cáceres) en noviembre de 1950. Licenciado en Filología Románica y en Ciencias de la Imagen por la Universidad Complutense de Madrid, trabaja como profesor de lengua y literatura en un instituto de enseñanza secundaria. Ha publicado un libro de poemas, *Certidumbre de invierno* (1986), cuatro novelas, *Misera fue, señora, la osadía* (1988), *El cerco oblicuo* (1993), *Amad a la dama* (2002) y *Paradoja del interventor* (2004), la novela corta *Campo de amapolas blancas* (1997), las fábulas de *La princesa y la muerte* (2001), los relatos de *Un artista del billar* (2004) y dos libros de ensayos literarios, *Camino de Jotán* (1994) y *Equidistancias* (1997). En 2003, con *Amad a la dama*, obtuvo el Premio Extremadura a la Creación.

## EL CERCO OBLICUO

GONZALO HIDALGO BAYAL

*El cerco oblicuo*

CALAMBUR **NARRATIVA**, 24  
MADRID, 2005



## 1

Los hechos que voy a referir a continuación ocurrieron hace unos años, en un tiempo en que la conciencia de hombre adulto y la esterilidad de una madurez plena, centrada en sí misma, vertida sólo en la complacencia de cierto reiterado desdén y en alguna presunción tan secreta y oscura como anónima, despojaban de ambición la mediocridad y socavaban los cimientos inconcretos de mi entereza. Trabajaba a la sazón en una agencia inmobiliaria y rumiaba con apasionamiento una singular teoría del triángulo, entresacada de algún pasaje cartesiano, que aplicaba por igual al laberinto urbano, a los entresijos del conocimiento o al desarrollo y desenlace de un negocio, una competición, un amorío. Todavía, sin embargo, no había herido mi inocencia la verdad de una proposición sutil, ciertamente espinosa: «El hombre experimenta ante la imagen de una cosa pasada o futura la misma afección de gozo o de tristeza que ante la imagen de una cosa presente». Cada mañana, pues, en sosiego, conjugando la psicología del espacio con la filosofía de la extensión, y ello, pese a todo, con innegable concentración racionalista, me desplazaba, a pie, desde el número 56 de la calle de San Bernardo, donde vivía, hasta el 24 de la calle Jacometrezo, domicilio social de la agencia. Desayunaba café con leche y porras en la cafetería de la esquina con la calle del Pez, que, si no recuerdo mal, se llama o se llamaba Paso, tal vez con dos eses, pero ni el ánimo ni la necesidad me empujan a comprobarlo, impregnándome, como en un bautismo cotidiano, del olor frito y grasiento, humeante del local, mientras atisbaba en el exterior, por la cristalera, las huellas titubeantes de la aurora. Al salir, la cigarrera, una vieja curtida y sombría que arropaba las adversidades de los años en numerosa e indefinible faldamenta, me tenía preparado el paquete de tabaco y, al otro lado, el

quiosquero, siempre con un optimismo injustificado, me tendía el manajo de periódicos. Satisfecho con la inocencia de la primera luz, sucumbiendo ingenuamente al halago de un aire no más puro por más frío, me encaminaba, unas veces por la acera de los pares, otras por la de los impares, otras, en fin, saltando de lado a lado, hacia la Gran Vía. Con parsimonia y meticulosidad de paseante, intentaba no perder detalle de la circunstancia, generalmente uniforme, de cada día, a fin de no tener que preguntarme luego, sentado en la mesa del despacho, el teléfono a la izquierda, el rotulador en la derecha, los periódicos abiertos, ahogándose los ojos en las páginas de anuncios y el «abstenerse agencias» volviéndome tarumba poco a poco, si, por cualquier casualidad ajena a mi control, no había visto al librero de viejo acomodando el escaparate o si el semblante pasivo de la calle de la Manzana, que ejerció siempre sobre mí una fascinación inexplicable, permanecía indeleble, con la sola huella del tiempo, húmeda y portuaria. Alternando unas semanas con otras, atendiendo incluso a las disimetrías de los meses, los lunes, miércoles y viernes cruzaba la Gran Vía por el semáforo que desemboca en el metro de Santo Domingo y los martes y jueves por el de los sótanos, en función siempre de cómo quedara más regularmente trazado sobre el espacio ideal de la ciudad el triángulo exacto del trayecto o evitando, cuando menos, las distorsiones gratuitas. Por ello, probablemente, es decir, por lo que tuviera de impedimento en relación con mi estrategia andante, me incomodaba sobremanera toparme con cualquier vecino o conocido que, bien porque se hallara sometido a la costumbre, bien porque las exigencias de su destino laboral así lo demandasen, me impusiera, como tributo a la cortesía de la especie, como sacrificio hipócrita a la ética de la gentileza, la tiranía de un recorrido, el suyo, imperfecto, monótono, deforme. Tal vez, también, por razones análogas, temía que alguien, por coincidencia de horarios primero y por sospechas turbias después, se entretuviera

en descifrar el sentido discontinuo, aunque ordenado, de mis pasos y, sin la menor vacilación, concluyera en enunciado severo: diagnóstico de demencia, pongamos por caso. De ahí que, con el tiempo, aun censurándome la inocencia del prejuicio, llegara a adoptar precauciones extremadamente sutiles para proteger la perfección de mi callejeo. Supe averiguar el talante hosco o bonancible de cada persona, deducir la sinrazón del pensamiento del gesto caminante, advertir los titubeos imperceptibles y desenmascarar las asechanzas, de modo que, aun sin proporcionarme utilidad personal alguna, compuse una intrincada trama matinal de relaciones anónimas, tejida de insatisfacciones y ansiedades, de soledad y desvaríos, del arrebatado soborno del momento, y me familiaricé con la fisonomía humana y difusa del entorno, la sucesión constante del presente. Tan atractivo se me tornó el panorama, tan plácidamente morboso su análisis, tan sugestiva la gráfica de los comportamientos, que incluso descuidé y hasta olvidé el propósito inicial, la táctica vigilante. Aquéllos eran mis dominios, el coto secreto sobre el que se extendía, implacable, el ejercicio de mi potestad. Sabía, por ejemplo, que si desayunaba antes de que pasara una rubia treintañera, rellena y lasciva, encontraría en la calle de la Estrella a un sujeto con ojeras (por el capricho onomástico del callejero madrileño le asigné mentalmente el mote de marqués de Leganés) y que, si, por curiosidad o azar, seguía a corta distancia a la mujer, presenciaría la rutina de un rito amoroso: cómo ella le brindaba al supradicho marqués una sonrisa ancha, de insinuada avaricia, antes de besarle la boca y cómo él, con inexpresiva frialdad, desde la remota ausencia de un cansancio nocturno, la saludaba con fórmula invariable: «Guten Morgen, Mona Lisa». Sabía por qué despreciaba voluntariamente el autobús un joven de atuendo proletario, por qué miraba el reloj con insistencia falsa y a quién seguía con mirada lánguida, sin pronunciar palabra, cada mañana, hasta la parada siguiente. Sabía, en fin, en qué orden pasarían

por el bar los diferentes artesanos menores del barrio, qué rosario de vulgaridades desgranarían según qué día, pues la mayoría de los mortales habita el don de la obvedad, y por qué dirección única transcurriría la glosa filosofal, mediocre, de la existencia. Puedo asegurar, en consecuencia, sin que ello sea solicitud de reconocimiento alguno, que controlaba todos los matices de la calle de San Bernardo en la hora temprana. Luego, cuando llegaba a la oficina, se desvanecía el entramado y se evaporaban mis poderes. Prevalcían los saludos rutinarios, el quehacer instintivo, despojarse de la ropa de invierno, mirar por la ventana, aguardar los pasos cautelosos y profundos de la secretaria sobre la moqueta, maldecir el timbre del teléfono, adivinar en la atmósfera sombría, en los tejados oscuros, en los muros ennegrecidos y mugrientos, la torpeza de los años, el designio lento de la providencia. Era un paréntesis el trabajo, una circunstancia adyacente, el discurrir eterno y agoreo de las horas, la determinación del momento de inercia del espíritu. Su valor estratégico radicaba en su reducción a vértice. Punto urbano exigente, todo mi deseo era salir, llevar clientes a barrios remotos y distantes, encontrar pretextos de urgencia y, sobre todo, salir definitivamente, terminar, tener ante mí la tarde toda, la noche y su vacío, el sueño, el vértigo futuro. Era la única forma de refugiarme en el cine Azul, cuya ubicación y tipología lo recomendaban con preferencia matemática sobre todos los demás, y ver varias veces las mismas películas, convencido como estaba de que los mejores pensamientos son los prohibidos y de que las mejores intuiciones asaltan, por lo común, cuando las circunstancias se empeñan en concentrar la atención en menesteres ajenos. Sólo los viajes en tren, con su cadencia monocorde y la fugacidad del paisaje, sobre todo si el azar favorece con asiento de ventanilla, deparan mejores condiciones al ejercicio de la razón. A falta de ello, desde el silencio oscuro del cine, aunque sólo fuera para soñar recorridos privilegiados o geometrías elásticas (los siete puentes



de Koenigsberg, por ejemplo, o la inminencia de la cuarta dimensión), fabricaba las paredes de mi propio laberinto sobre los cimientos de un desprecio cósmico, casi divino, esos muros inmateriales que no son sino la configuración de la distancia. Finalmente, de noche, atrincherado en casa, escuchaba incansable, una y otra vez, una de las caras de las *Variaciones Goldberg*, que, como el arcano de una profecía, se me antojaban reflejo justo de la existencia (de hecho, me había propuesto aprenderlas de memoria, silbarlas con elegancia, un empeño, aparte de imposible, más aún para un profano, digno de cadena eterna y paz perpetua), en tanto dibujaba sobre papel de poco cuerpo, en los límites de la transparencia, las líneas levísimas de los pasos del día. Al filo del sueño, obtenía, con manifiesta complacencia, como metáfora superpuesta de la vida y desplegada ante mis ojos, la maraña irreversible del destino, los insignificantes ringorrangos de la propia geografía.

## 2

En la mañana de un viernes de mayo, en torno a las once, sonó el teléfono. Como era mi costumbre, sobrepuesto a la rutina de la urgencia, con alevoso menosprecio hacia un timbre que tanto precipita el movimiento, desbarata las tareas e interrumpe la razón, las necesidades y el reposo, dejé repetir siete u ocho veces la llamada, inmune a las distancias y ajeno a la insistencia. Por eso fue mayor tal vez, y más aguda, la sorpresa. A menudo escuchaba voces trémulas, tartamudeo de clientes anónimos que no vencían su timidez o sucumbían a la ignorancia, gentilezas formales de arrolladores mequetrefes, insolencias prosódicas de petimetres agresivos a más de redundantes, indecisiones que mascullaban el silencio entre síes y noes para terminar aplazando, con evidente falsía, la resolución definitiva, pero nunca la voz segura y susurrante de una mujer, cuyos matices sólo algún tiempo después sabría apreciar y describir, diciendo: «Quiero hablar con Severo Llotas». Apenas pude recomponer mentalmente la figura, es decir, trasladarme de la parcela profesional a la propiamente privada, acomodarme en ese reducto mínimo en que el hombre se percibe como sujeto (agente, en libertad) y que se reduce, sobre un dominio cada vez más estricto, a la asunción rigurosa de un ensueño: la impostura del yo. Tras confesar mi identidad, la voz se atropellaba en su discurso. «Soy Gloria Fernández», en mi oído sonaban palabras de audacia, «y me interesa el ático concéntrico que anunciáis». Quién era Gloria Fernández, cómo sabía mi nombre, de qué me conocía, por qué hablaba tan imperiosamente y qué era, además, un ático concéntrico fueron preguntas que no surgieron de manera inmediata, como si la profesión, que deforma (afirman), favorecida por las trampas mínimas, aunque crudas, que se esconden en los signos, se anticipara en cada ocasión a la

persona. «¿Qué ático?», pregunté precipitadamente, «¿dónde?», a la busca de orden en el desconcierto. «Eso quisiera yo saber», replicó la llamada Gloria Fernández con más desenvoltura que osadía. No sin cierto desasosiego, lo admito, que aquella voz me confundía, me dejé llevar a las páginas del periódico, a la sección de anuncios por palabras, a los alquileres, en la segunda columna, al final. Ofrecíamos, en efecto, con fórmula impersonal, un ático: «Se alquila ático concéntrico». ¿Concéntrico?, me dije: la sorpresa superó a la maravilla. Busqué la ficha correspondiente y fui enumerando, parco en elogios, en contra de mi deber, la situación, las características, el precio: abuhardillado, a cincuenta metros de la plaza de la Cibeles, etcétera. «Céntrico», corregí, «no concéntrico». «Es igual», se apresuró Gloria Fernández en su ansiedad, «quiero verlo». Acordamos que sería enseguida, apenas se presentara ella en Jacometrezo, de donde no estaba lejos, según dijo. «Tardo cinco minutos», añadió. Colgué el teléfono y entretuve la espera en sutiles devaneos: trazar un círculo rojo sobre el anuncio del periódico, revisar distraídamente la ficha que tenía entre manos, exorcizar la errata (¿qué duende antepuso el «con»?), esbozar monigotes triangulares, acomodar la simetría de los papeles, apresurar la imaginación por el espacio que la llegada inminente de una desconocida reducía. He reflexionado, en ocasiones, sobre la singularidad de los cinco minutos últimos, ese instante de espera que subraya el aturdimiento y acentúa la sensación de vacío, de todos los vacíos. ¿Qué hacer al comprobar que ya va siendo hora de acudir a una cita, que todavía falta un rato para sesión de noche, que están a punto de llegar los amigos? Nada sustantivo puede acometerse y, sin embargo, se necesita algún simulacro de ejercicio, cierta conciencia de tiempo no perdido, cualquier ingenio que impida sentarse en una silla, cruzarse de brazos y mirar las agujas del reloj, prisioneras eternas en círculos de oro. Al cabo, cuando se agotan los segundos, tras apurar la amargura del vértice, si,

como suele ocurrir, los amigos se retrasan, si burla sesión de noche los horarios, si se avanza por la calle hacia el encuentro, el tiempo discurre de otro modo, sosegado, menguando la ansiedad, liberados al fin de toda culpa, recobrados de tan insondable aflicción. Gracias a esa quietud que trae el después, vencido el acoso de la precisión, el pensamiento endereza su rumbo. Fue así, pues, como advertí, tras la impaciencia, que habían pasado más de cinco minutos, más de diez, incluso más de quince, y que la llamada Gloria Fernández no acababa de llegar. Sólo entonces, cuando empecé a desesperar de su llegada, acudieron a mi mente, como inquisiciones del destino, las preguntas inmediatas. ¿Quién era Gloria Fernández? ¿De qué me conocía? ¿Por qué sabía mi nombre, mi apellido? ¿Cómo podía deducir, tan sólo por el número de teléfono anónimo de la agencia, que aquélla era una determinada agencia y que era, a mayor abundamiento, mi lugar de trabajo, quiero decir, el sitio donde se consumía de hastío, en el ostracismo de la existencia, un tal Severo Llotas? Di vueltas en la cabeza a estas cuestiones, mientras cumplía negligentemente con la rutina administrativa, y cada respuesta revestía, a su vez, interrogantes. ¿Sería, acaso, alguna conocida, olvidada? Repasé mi agenda minuciosamente, tarea, por otra parte, breve, primero en la efe, luego en la ge, el abecedario todo finalmente. Revisé asimismo los ficheros de la agencia, admitiendo la hipótesis de alguna cliente remota que recordara favorablemente mis servicios inmobiliarios y, en consecuencia, por esas circunstancias de la vida que a menudo calificamos de extrañas, mi propio nombre. Ambas indagaciones resultaron infructuosas. ¿Habría algún intermediario, amigo, o, más sencillamente, conocido, común? ¿No habría sido en ese caso diferente su actitud: quiero hablar con Severo Llotas, te llamo de parte de fulanita, me llamo, o soy, menganita, etcétera? Algunos de mis pocos amigos y de mis escasos conocidos tenían, efectivamente, el teléfono de la agencia e, incluso, cada vez, por cierto, más

de tarde en tarde, lo usaban para comunicar conmigo en horas laborales, pero, concluí, era bastante improbable que, mediando el anuncio de un ático ¡concéntrico! aparecido en la prensa de las ocho de la mañana, sólo tres horas más tarde, una supuesta Gloria Fernández preguntara con seguridad tan imperativa por Severo Llotas, servidor. ¿Sería, en fin, alguna muchacha de la tierra, llegada a Madrid con una maleta y tres o cuatro direcciones? Bien es verdad que en las ciudades grandes los lazos provinciales, regionales y autonómicos se manifiestan más estrechos y fraternos. A mí mismo me ha ocurrido, más de una vez y más de dos, que algún sujeto, harto de verme por las calles de nuestra ciudad de origen y por sus bares de mediodía sin el menor gesto de afinidad, se haya deshecho en muestras de reconocimiento, fórmulas de simpatía y emplazamientos futuros (difíciles de sortear en ocasiones, pese a la habilidad genética de mi misantropía) al toparse conmigo por Atocha, Princesa o Alcalá. Sin embargo, recorriendo una y otra vez mis conocimientos provincianos, desglosando la lista local de los Fernández, rememorando voces en busca de un timbre singular, en parte alguna, ni familiar ni profesional, ni circunstancial ni amistosa, acertaba a situar a la presunta Gloria Fernández. El razonamiento, los mecanismos de la deducción e incluso las veleidades de la fantasía (que a todos, de vez en cuando, nos gusta sentir la distinción del privilegio, el tacto mágico de la fortuna, sabernos llamados por el azar para la dicha, elegidos para la gloria por la gloria misma) se prolongaron durante toda la mañana, más allá incluso de la última esperanza, al filo de las tres, de que la llamada Gloria Fernández definitivamente apareciera. Cuando abandonamos la oficina, sólo el jefe, empeñado en dar de sí mismo la imagen del hombre con tarea permanente, abrumado por la enormidad de su trabajo y por el insoportable peso de la responsabilidad, se quedó ultimando unos contratos. Antes de que me fuera, preguntó: «¿No se habían interesado por el ático de Cibeles?». «Quedaron

en venir», le respondí, sostuve su entrecejo fiero, «pero no han portado». Desde detrás de la mesa, removiéndose nervioso en el sillón giratorio de lujo que sustentaba su superioridad y su poder, me miró con desproporcionada insistencia, desaprobando quién sabe qué irregularidades o torpezas. «¿Has adelantado el precio?», encontró finalmente un argumento. Asentí en silencio, sin ocultar la desgana acumulada, el peso acobardado del hastío. «Entonces no hace falta preguntar», replicó con cierta malignidad, tan reticente como ambigua. En la calle, luego, con el resto de los compañeros, como casi siempre, bebimos cerveza en uno de los bares de la plaza de Santo Domingo y comentamos con desvergonzada euforia (el alcohol en el estómago vacío, el tiempo por delante, la comezón de los proyectos) pormenores más o menos jocosos del momento. Nos despedimos alegremente, entre bromas y chanzas, al cabo de media hora, al llegar a la Gran Vía, punto exacto de la dispersión. «Feliz fin de semana», dijeron unos y dijimos otros, intercambiando buenos deseos, guiños, complicidades. Calle de San Bernardo adelante, por la acera de los impares, procurando escrupulosamente que mi yo de las cuatro menos veinte no rozara en ningún punto el muro invisible de mi yo de las ocho menos cuarto, me alejé cavilando, rumiando el nombre de Gloria, formando ya con fragmentos remotos y distantes la imagen de Gloria Fernández, la fugacidad inasible de un rostro, bajo el peso del enigma, me dije, a cuestras con el misterio, cuando me vino inopinadamente a la memoria, pese a lo desapacible del día y al color de la desolación que arreciaba según me aproximaba al número 56, que por mayo era, por mayo.

### 3

Después de comer, con la televisión encendida, me adormecí un poco, plácidamente recostado en mi sillón patriarcal. Había decidido ir por la tarde al cine Azul y me esforzaba, aunque sin agobio, con la tranquilidad de la técnica noblemente adquirida, en imaginar el trazado más idóneo para el merodeo. Sopesaba las ventajas y las desventajas de la ida y el retorno, la conveniencia de ir por San Bernardo y regresar por Noviciado frente a la alternativa de ir por Noviciado y regresar por San Bernardo, la eventualidad de contar con la calle de la Manzana o la calle de los Reyes como variantes de viernes y otras contingencias geométricas. La televisión significaba apenas un sopor de fondo, el rumor desatendido de una compañía dócil, y una diluida luminosidad en la penumbra de un salón a todos los efectos (salvo contractuales y propagandísticos) interior. En esta situación estaba, pues, acomodado en una bonanza apacible, mecido por animosos pensamientos en forma de sintaxis y polígonos, cuando me estremeció el timbre del teléfono. Apresurado por el susto (nunca llamaba nadie, salvo error), descolgué con rapidez el aparato y murmuré una fórmula inaudible, estrangulado el «diga» en la garganta. La voz del otro lado me llenó de estupor. «¿Severo Llotas?», preguntó. La reconocí al instante: la misma fuerza del susurro, el mismo vigor femenino, la misma certidumbre grave. Mudo, abiertos los ojos hasta el pasmo, apenas pude articular un sí. «Soy Gloria Fernández», nuevamente la audacia, nuevamente el vigor, «la de esta mañana». Superando la inconsciencia y el asombro, pude, al fin, preguntar. Antes que nada, se disculpó por no haber acudido a la agencia, pero sólo, insistió, por no haber acudido, no porque en modo alguno se sintiera culpable de incomparecencia, toda vez que, al margen de la calle, desconocía los números respec-